

RELATOS EUTRAPÉLICOS

Por ELOY SORIANO Pbro.

POR VIA DE PROLOGO

Al amparo de la generosa gentileza del ilustre escritor y admirado amigo que dirige esta simpática y extremeñísima revista, reanudo ahora mi antigua colaboración, hace años interrumpida. Me importa consignar algunas consideraciones previas.

En mi variada trayectoria como simple aficionado a las letras—nada de epítetos—, llegué a adquirir el desconsolador convencimiento de que, cuando pulsaba la «cuerda» regocijada y humorista—sin ser un Dickens, ni mucho menos—mis escritos obtenían «éxitos», digámoslo así, que nunca logré cuando me «producía» en serio, en frase favorita de cierto ilustrado concejal, amigo mío, de cierto pueblecito donde ejercí mi ministerio. Siendo joven me di con inusitado ardor a trascendentales elucubraciones de alcance metafísico y a cuestiones de psicología de alto bordo, así como más tarde, para seguir la moda, me ocupé en peliagudos y candentes problemas de economía política; vale decir, la mercancia, el valor, el trabajo, la moneda, etc.

Pronto me di cuenta de que, ni a mis «sustanciosos» escritos, ni a mis documentadas conferencias hacía nadie el menor caso. En lo que concierne a mis escritos nadie osaba emitir, en mi presencia, el menor juicio, ni elogioso ni desfavorable, sino que se producía a mi alrededor un sospechoso silencio en el cual descubría siempre caras muy largas y ceños doctoralmente adustos, que parecían reprocharme, asombrados, el que yo me metiese en semejantes trotes sin exhibir antes no sé que especie de «bula» que me autorizase «tamaño atrevimiento». Y en cuanto a mis conferencias, pude observar, con profundo desaliento, que mis oyentes salían de ellas con una expresión en el rostro más estúpida que la que trajeron al entrar.

Escribió Don Jacinto Benavente en uno de sus admirables prólogos: «El mundo está viejo y chochea»... Con los máximos respetos a la imperecedera memoria de mi inolvidable amigo y maestro, no lo creo yo así del todo. Más bien diría que el mundo de este «hoy atómico» se ha tornado pavorosamente «frívolo», suicidamente «veleidoso», en una nefasta desorientación de la «auténtica» existencia humana, que diría Heidegger, tal vez, bajo un comprensible instinto vital, pugnando por evadirse de esta oscura «psicosis de angustia», tan deprimente, de esta «angustia cósmica» que a todos nos envuelve, prefiriendo en el periódico, en el libro, en el teatro, lo que, por la ley de la menor resistencia,

pueda ser entendido sin excesivo trabajo mental ni gran tensión imaginativa...

Es por lo que, desde ahora, intento dar en mis pobres escritos mayor cabida al toque risueño y, hasta cierto punto, «decorosamente despreocupado», limpio de amargura biliosa, ajeno a toda proyección satírica ni hiriente para nadie, ya que el «tuautem» y personaje central de estos entretenimientos he de ser yo mismo.

Y por si algunos espíritus encogidos y atrabiliarios pudiesen invocar peyorativamente mi notoria condición de eclesiástico, he de rememorar aquí—sin remontarme a más lejanas épocas—, figuras tan prestigiosas como la del regocijadísimo padre Isla, con su «Fray Gerundio de Campazas», y los escritos, verdaderamente «desopilantes», que dicen los portugueses, del benemérito padre Alarcón, del padre Ayala y aún del mismísimo ilustre padre Coloma en sus inimitables cuentos, todos «Societatis Jesu»: Y recientemente los del ejemplarísimo antiguo Arcipreste de Huelva, Don Manuel González, luego Obispo de Málaga, casi un mártir, y luego Obispo de Salamanca, donde murió en olor de santidad. Sus admirables exposiciones del Evangelio, en chispeante «caló» gitano, lograron más fruto espiritual que centenares de sermones entonados y solemnes...

En razón de método, como decían los antiguos escolásticos, procede aclarar el título arriba consignado: «Relatos autrapélicos».

«Eutrapélico», de «Eutrapelia»... Un diccionario que tengo a mano reza así; «*Eutrapelia*»,—Vocablo de etimología griega.—Vale tanto como «Donaire o jocosidad urbana e inofensiva».

UN VIAJE MORROCOTUDO

Cuando en Septiembre del 32 el Director General de Seguridad, Menéndez, tuvo a bien liquidar mi forzada estancia—o «vacaciones pagadas»—de casi dos meses, en el histórico palacio de Godoy, de Badajoz,—vulgo, cárcel—, donde en unión de otros camaradas de las nacientes Juntas de Ofensiva Nacional—Sindicalista di con mis huesos «por repercusión» de los sucesos del 10 de Agosto, en los que maldito lo que nosotros pintamos, Ramiro Ledesma Ramos me ordenaba en términos tajantes: «Ya que te encuentras en libertad girarás una inmediata visita de información a nuestros núcleos jonsistas de la provincia y darás cuenta del resultado a este Triunvirato Central».

Como explicación de esta conducta de nuestro jefe puede valer la siguiente: Era yo el secretario general para Extremadura y Andalucía de nuestra joven, y entonces modestísima organización. Tal vez debido a esto, el Poncio que a la sazón regia los destinos de la provincia, (un magistrado, en honor a la verdad, hombre bastante culto e inteligente), tenía gran interés en aclarar nuestro credo político: y así, durante mi «veraneo» en el mentado palacio de Godoy, me envió al Comisario de Policía de la ciudad con un secretario y una máquina de escribir, más que para sustanciar el obligado interrogatorio de mi prisión gubernati-

va, para que, por mi categoría en el partido, le hiciese yo una síntesis razonada de los principios político-sociales que propugnábamos. Me aproveché, en la coyuntura de tal «franquicia», para «soltarme el pelo» y, en son propagandístico—como ahora los «señores» del Kremlin—redacté una voluminosa exposición de nuestro sistema jonsista. La más completa que por entonces se hizo en España y la que creo que aún debe mantenerse archivada en las oficinas del Gobierno Civil...

Volviendo a la orden tajante de Ramiro, y como la obediencia «perinde ac cadáver» era esencial lema de nuestro «estilo jonsista», determiné, «sur le champ», ponerme en camino hacia la antigua «Segeda» de los celtas, o la romana «Restituta Julia», que así la denominara Augusto en memoria, de Julio César, su restaurador. (Con este erudito circunloquio pretendo nombrar la hermosa ciudad de Zafra).

Séame permitidos algunos prolegómenos, muy útiles para la mejor inteligencia de esta verídica e insignificante historia, en la que, por elemental discreción omito los nombres de sus protagonistas. Adelante....

Teníamos en Zafra el Triunvirato más fuerte y aguerrido de toda Extremadura, con una masa obrerista—diríamos, «de choque»—, ya probada en varias «refriegas» ocasionales, y decididamente leal. Ramiro había puesto en ella muy risueñas esperanzas....Se comprenderá, pues, que yo designase a Zafra como la primera y más importante etapa de mi «itinerario informativo».

Como la arriesgada empresa aconsejaba el incógnito, lo primero fué endosarme un adecuado traje «civil», de corte lo más «fashionable» posible. La americana, sobre la fina camisa de «popelín de seda», dejaba ver un lindo *cinturón* de cuero entrelazado con el que me sujetaba los pantalones, de caída irrepachable. (Menciono con cierto énfasis el cinturón, porque juega mucho en el relato). Completaban mi indumento unas abultadas gafas de concha y un grueso bastón pendulando del antebrazo izquierdo, lo que no dejaba de prestarme marcado aire radical—socialista.

Podría pensarse que, al no mencionarla con la camisa, faltaba la corbata. Craso error...Fué cabalmente la corbata el primer problema que se me planteó en visperas de mi partida...Porque, no obstante el obligado anónimo, me halagaba la idea de poder exteriorizar—desde luego con el mínimo riesgo—nuestro «credo» político y nuestra «actitud combativa» a la luz del sol...Verdad que el emblema jonsista—yugo y flechas—lo teníamos ya adaptado a unos preciosos botones para el hojal de la americana, pero consideraba que aquél era todavía un símbolo casi inédito para las gentes de la calle entre la muchedumbre de emblemas a la sazón vigentes, es a saber: de partidos políticos, innurables, de equipos de fútbol y otros deportes, marcas de autos, lubricantes y neumáticos, sin contar la profusión de triángulos, yunques, cabezas de jabali, etc...nadie habría de reparar en el nuestro, y menos requerir su interpretación...Y pensé en la corbata. Es ésta una prenda de reconocida eficacia, así para *enamorar*, como para atraer adhesiones a un campo político cualquiera; dos cosas más similares de lo que a primera vista parece...Establecido este principio, elegí una fascinadora corbata a franjas, *negro y rojo*. Eran éstos los colores de las «J. O. N. S.»

si bien no se habían hecho oficialmente públicos por la obstinada resistencia de algunos elementos timoratos que no concebían a un partido como el nuestro, esencialmente antimarxista, enarbolando los colores del anarquismo; sin pensar que su disposición era diferente.

Arribé a Zafra una suave y dorada tarde de otoño, vispera de «Señor San Francisco», cuando se hallaba en el cenit de su máximo esplendor la renombrada feria de San Miguel, orgullo de la hermosa «Sevilla la Chica».

Desde hacía años, en mis viajes a Zafra posaba siempre en el suntuoso y acreditado Hotel Cabañas. Aparte otras razones, porque era amigo del dueño, y de sus hijos, muchachos encantadores y unos verdaderos artistas. Con frecuencia nuestras sobremesas derivaban en pequeñas fiestas íntimas de música y poesía...

Pues bien, la tarde aquélla aparecí en el Hall del Hotel Cabañas con el atuendo ya descrito y, además, un maletín de cuero en la mano diestra; lo que, a mi parecer, supervalorizaba la prestancia de mi apostura.....

A pesar del «tranquilo aplomo» que afecté desde el primer momento, en «mi fuero interno» no dejaron de inquietarme ciertas sonrisas equívocas en torno mío e indefinibles miradas, mezcla de curiosidad y asombro. En seguida reaccioné, satisfecho: «no cabía duda de que la corbata comenzaba a producir el efecto previsto...»

Pronto salí de mi engaño. Aquellas inquisitivas miradas, no se aquietaban en la corbata, sino que resbalaban cautas por mi pecho y abdomen hasta concentrarse, hasta «polarizarse», digámoslo así, en el cinturón, en mi lindo cinturón de cuero entrelazado. Yo me miraba también el cinturón, incapaz de descubrir el motivo de tan extraño fenómeno...

Minutos después, en el «comptoir», mientras consignaba, honrada y valientemente, mi nombre y circunstancias en la hoja para la policía, el funcionario lanzó a su vez una enigmática mirada a mi corbata, mirada que tampoco se detuvo en ella, sino que, con lentitud obsesionante, siguió la trayectoria de las otras,... hasta posarse en el cinturón.

Como la mañana estaba deliciosa preferí desayunar al aire libre, en el magnífico pabellón que todos los años el Hotel Cabañas instalaba frente a su fachada, en la hermosa plaza.

Acudieron a saludarme camaradas de las J. O. N. S. y otros amigos, entre ellos un simpático médico albiñanista, también exautivo. Comentamos los últimos acontecimientos y se esbozaron atrevidos proyectos tácticos para el porvenir. Observé al punto que también contemplaban mi cinturón ahincadamente, y luego se miraban entre sí... De vez en cuando oteaban con disimulo nuestros contornos en el pabellón, hacia un ángulo del cual destacaba un nutrido grupo en torno a

una mesa. Bebían cerveza y discutían animadamente. No dejó de inquietarme la presencia, a respetable distancia, de dos sujetos semiuniformados, con unas carabinas que podrían ser de la época de Narváez. En el grupo parecía llevar la voz cantante un hombre joven, y no mal encarado, a quien los otros prestaban ostensible acatamiento... En el semblante de mis amigos se marcaba una rara expresión de zozobra... Y reiteradamente volvían a mirarme el cinturón.

—Siento decirte que aquí no estás bien,... no estamos bien,—dijo un camarada señalando desconfiadamente al grupo.

—Y, además,—añadió el jefe del Triunvirato segedano—, tengo entendido que te hospedas ahí, en Cabañas...

—Pues te has metido en la boca del lobo, camarada,—afirmó otro—. ¡A quién se le ocurre!...

—Es que yo siempre he parado ahí. Era antiguo amigo de los dueños:—repuse tímidamente, con voz apagadiza de hombre consternado...

—De los dueños de entonces—intervino el médico—. Ahora es otra cosa. El Hotel tiene más de un dueño,... o lo que sean... ¿Sabes quién es uno de los condueños?

—No,—contesté, todo acongojado.

—Pues, precisamente, el caballero que lleva la voz cantante en el grupo ése... Es, nada menos, el Alcalde de la ciudad, presidente de la Casa del Pueblo y el presunto inductor de nuestro «enchiqueramiento»... ¿quieres más?

Un escalofrío de espanto me recorrió todo, Y sentí que la corbata se me apabullaba contra el tórax, mustia y atribulada. Y me pareció que los del grupo miraban también ahincadamente... mi cinturón.

La noche en mi cama del Hotel Cabañas fué una horrible noche de pesadilla. Bajo el influjo torturante de una especie de «neurosis de expectativa»—de que habían los psicoanalistas—en mi imaginación, febril, hiperestesiada, danzaban las más desconcertantes alucinaciones de Dostoyevski y de Poe... Hora tras hora, me preguntaba: «Pero este hombre (el alcalde), que duerme bajo este mismo techo... ¿por qué no me detiene de una vez?...

Bien de madrugada me lancé a la calle. Me abordaron algunos camaradas que, por lo visto, estaban a la expectativa...

—¡Ah, no te han detenido...!... Creíamos... Es que a última hora de anoche corrió por Zafra la noticia de que habían detenido a un cura y... claro....

—Bueno, tú no vuelves aquí—dijo, rotundo, el camarada jefe señalando al Hotel—.

Vamos al casino.

En el casino nos informaron.

Resultaba que el canónigo de Toledo, Sr. Nieto, entonces diputado a Cortes por Acción Popular, había estado predicando en Fuente del

Maestré la tradicional novena del Santo Cristo. Unos amigos le invitaron a venir a Zafra para que conociese la famosa feria de San Miguel. Como el canónigo diputado se presentó en hábito talar, al punto se movilizaron los «soplones», «escuderos» y demás secuaces y turiferarios del alcalde. El cual ordenó que, inmediatamente, compareciese el «osado clérigo» en el «Palacio del Consistorio municipal» a responder de su personalidad y los móviles de su viaje...

Ya en el despacho «presidencial», rogó el canónigo con exquisita cortesía:

—¿Me permite, señor Alcalde, hacer uso del teléfono?....

El Alcalde accedió, doblándose en una reverencia versallesca.

Diez minutos después el municipal de turno anunciaba: —¡Señor Alcalde, el excelentísimo señor don Juan Simeón Vidarte!

—¡Que pase, que pase inmediatamente!—repuso el Alcalde levantándose.

Juan Simeón Vidarte, joven e inteligente abogado y diputado socialista, paseó una rápida mirada por la estancia. Al ver al canónigo, y ante la estupefacción del alcalde, se dirigió a aquel con los brazos abiertos:

¡—Compañero...qué sorpresa!...¿Cómo usted aquí?....

El canónigo explicó bevemente. Juan Simeón Vidarte habló entonces con acento bastante duro:—Señor Alcalde, se trata de un compañero, diputado, como yo, en el Parlamento de la República Española... Lamentaría que ciertas arbitrariedades se repitiesen en la ciudad que represento.

EPILOGO

Queda por aclarar el enigma del cinturón.

Es sabido que la célebre pistola «Astra», y su hermana, la «Star», con las que bonitamente en Barcelona, y en otros sitios, se «eliminaban» los del «Unico» y los del «Libre», solían llevarse en una adecuada funda colgando de un *cinturón de cuero entrelazado*....Ahora se explicará el lector el pánico que inocentemente sembré, a mi paso por la ciudad de Zafra, en aquella feria de San Miguel de 1932.

PAGINAS
ANTOLOGICAS

LOS NIÑOS TENÍAN MIEDO...

Los niños tenían miedo...
yo no sé lo que soñaban...
y la noche de Diciembre
era cada vez más larga.

Los niños pidieron besos,
más tarde pidieron agua,
más tarde lloraron, y
la noche no se acababa.

Todo era sed; todo era
fiebre y frío...

La campana
del pueblo llamaba entonces
a misa de madrugada.

Hubo un suspiro... La madre
abrió un poco la ventana...
La penumbra de la alcoba
se endulzó de luz de alba.

Era una nieve dormida,
una paz triste y de plata,
un claror de lirios, una
luz melancólica y plácida:
traía las azucenas
de todas las alas albas,
todos los nardos de Dios
y todas sus rosas blancas...

...En su corral, el vecino
andaba hablando a las vacas...
Por la calle pasó un hombre...
después otro... después otro...
a misa de madrugada...

Era como un vuelo de ángeles...
una música lejana...
yo no sé que acariciases
de manos y de miradas...

Los niños se iban durmiendo...
el pueblo se despertaba...
Dulcemente, dulcemente
iba entrando la mañana...

JUAN RAMON JIMENEZ